

FINALISTAS



Fernando Trujillo, creador de la Fundación Omacha.

“Omacha es ponerse en la piel de una especie”

Fernando Trujillo es el ejemplo vivo de que las personas se pueden convertir en lo que sueñan y de que la obstinación a veces es el mejor aliado. Estudió biología marina en la Universidad Jorge Tadeo Lozano, en Bogotá, su ciudad natal, pero sus verdaderos maestros fueron los indígenas y la selva.

Era 1987 cuando decidió embarcarse en un avión de carga con destino a Leticia, Amazonas, para empezar su proyecto de vida. En 1990 no solo tenía su título profesional sino la primera tesis en Colombia con delfines.

La génesis de su sueño empezó en el Amazonas, donde los indígenas lo llamaban “Omacha”, dando a entender que Trujillo era un delfín que se había transformado en humano para proteger esa especie. “Eso me hizo sentir muy honrado y con un gran compromiso; por eso cuando decidí crear la Fundación le pusimos ese nombre”, recuerda.

Y esa es precisamente la esencia de su fundación: “Nos ponemos en la piel de especies y ecosistemas amenazados e incluso en el de las comunidades locales. En un inicio, los indígenas no querían mucho a los biólogos y antropólogos, argumentando que íbamos por tiempos cortos, sacábamos información y no volvíamos”.

Para Fernando, los delfines representan inteligencia y libertad, ahí siempre estuvo su amor por ellos, al cual más adelante se sumó la relación cultural que tienen estos animales con los indígenas. Por eso, hoy afirma que es feliz porque a pesar de los grandes sacrificios y dificultades, después de estos años está viendo resultados, aun cuando ha tenido que hacer sacrificios, como estar lejos de sus dos hijas y lidiar con la soledad.

¿Cuál ha sido su recompensa más grande? “Son muchas. Una de ellas es la reciente creación de varios sitios Ramsar para proteger humedales, tema clave en la Amazonía y Orinoquía, y donde el trabajo de Omacha y sus socios permitió darle insumos al Gobierno para avalar estos procesos”.



William Gallo, creador de la Fundación Salva tu Río.

Al rescate del río Manzanares

Bien reza el dicho de que nadie es profeta en su tierra y la historia de William Gallo es un ejemplo de ello. Nació hace 56 años en Líbano (Tolima) y se crió en Bogotá, pero ahora vive en Santa Marta. Llegó allí huyendo del tráfico de la capital, del transporte, del frío y del estrés. Llegó para disfrutar de los atardeceres, las playas, la Sierra Nevada y el mar. Y justamente en lo que sería un plan de descanso encontró la tarea que lo motiva a trabajar día a día en la capital del Magdalena.

“Me invitaron a ver el atardecer en la playa Los Cocos, al lado de la Bahía de Santa Marta y mi sorpresa fue ver la playa llena de basura. Eso me impactó mucho. ¿Cómo es posible que haya llegado a ese estado y nadie haya hecho nada?”, cuenta. Pero como los problemas se resuelven con acciones y no con palabras, decidió, junto a un grupo de amigos, empezar a hacer jornadas de limpieza en la playa, “pero la basura seguía llegando y después de un tiempo nos dimos cuenta de que venía toda del río Manzanares”.

Así que en 2014, junto con Harold Estrada, un amigo instructor del SENA, decidió hacer un trabajo más profesional de educación ambiental con los habitantes que viven a orillas del río, para que no solo ayudaran a limpiarlo sino a evitar que siguieran botando allí la basura.

¿Es feliz trabajando en este proyecto? “Sí. Pues la contaminación que le botamos al río sale después a las playas y mares de la región y somos un destino turístico, así que poder tener un río, el mar y playas limpias es algo muy gratificante para todos. En mi proyección está convertir la alcantarilla que es el río hoy en un corredor turístico de conservación de fauna silvestre, una posibilidad de recursos para los ribereños y bienestar para la ciudad”.

Una realización que, como todas, trae sacrificios; el de William ha sido entregar su tiempo, su salud y su trabajo en la recuperación del río. “Han sido tiempos difíciles, pero el sueño de ver el río limpio y saludable ha sido más fuerte y sabemos que valdrá la pena el esfuerzo que hemos hecho con la Fundación Salva tu Río y un grupo grande de voluntarios y organizaciones”.



Iván Lozano, fundador del Bioparque La Reserva.

Un parque educativo que enseña de naturaleza

¿De dónde surge la idea del Bioparque La Reserva?

“Viendo la situación ambiental del país, sentí que era imperativo transferir toda la información científica que había adquirido a la mayor cantidad de personas en Colombia, con el fin de lograr un cambio en sus costumbres y comportamientos hacia la conservación de la naturaleza.

Con mi amiga Sandy Zanjen y el apoyo de mi esposa y de la familia de Sandy construimos nuestra versión de un parque educativo para atajar los problemas ambientales de nuestro país”, cuenta Iván Lozano, fundador del Bioparque La Reserva.

¿Quiénes trabajan con usted en el Bioparque?

Conmigo trabajan 14 personas de planta, más ocho adicionales los fines de semana. Tenemos una estructura de varios asesores permanentes y cuatro pasantes universitarios. Además, contamos con 20 comunicadores ambientales, que son profesionales de diversas áreas y se encargan de atender y dirigir a los grupos de visitantes durante su recorrido por el Bioparque.

¿Cuál es el propósito del proyecto?

Queremos sensibilizar a los colombianos sobre el increíble país que habitan y la urgencia de conservarlo para las próximas generaciones mediante una experiencia única y entretenida. Nuestro objetivo es generar y transmitir conocimiento científico sobre la conservación de la biodiversidad, el uso sostenible de los recursos naturales y la ciencia del bienestar animal.

¿Es feliz haciendo esta labor?

Es una labor increíblemente gratificante. Me siento realizado solamente por tener la oportunidad de trabajar allí con un grupo humano que definitivamente es fuera de lo común. Son personas que se esfuerzan y sacrifican día a día por amor a esta causa.



Juan Pablo Ospina lidera tres programas de educación rural.

Reconocimiento al campo colombiano

“Crecí acompañado de mis cinco hermanos y mis padres en la zona rural del oriente del departamento de Caldas, rodeado de montañas y de la cultura cafetera; mi madre, docente rural y mi padre, conductor de un vehículo de carga (chiva).

El amor que siento por el campo viene de todas las personas con las que me formé. Ellos me enseñaron la bondad y las buenas intenciones con las que los campesinos lo dan todo por los demás sin esperar nada a cambio.

Una vez sentí la necesidad de formarme, me vi obligado a abandonar mi pueblo en busca de educación superior; sin embargo, a medida que crezcó profesionalmente son muchos los deseos que siento por devolverles algo a las comunidades rurales. Actualmente dirijo tres programas desde la Universidad de Caldas.

El primero es Universidad en el Campo; ahí trabajamos en brindar programas técnicos y tecnológicos a los jóvenes rurales de los departamentos de Caldas y Risaralda con fondos del grupo Chec-EPM en alianza con los comités de cafeteros departamentales. El segundo es Universidad en tu Colegio; es básicamente un programa de inclusión social y con población urbana de zonas con problemáticas sociales. Y el tercero es Administración de Empresas Agropecuarias, un pregrado que se desarrolla con recursos de la Fundación Bancolombia, la Universidad de Caldas y la Gobernación de Caldas.

Además de dedicarme al trabajo como director del programa, gran parte de mi tiempo lo utilizo para desarrollar la propuesta productiva Emerge, transformación de residuos orgánicos en alimento para peces, aves de corral y cerdos, vinculando así a las comunidades rurales.

El propósito de esta iniciativa es enseñarle al pequeño productor a disminuir los costos usando la pulpa de café. Esto permite que las familias puedan producir pollos, peces y cerdos a un menor costo, permitiéndoles diversificar sus sistemas productivos y mejorando la obtención de ingresos.

La mayor recompensa para mí es ser el motor de inspiración para las nuevas generaciones rurales”.

Juan Pablo Ospina.